

## UNA NAVIDAD MUY DULCE

Había una vez una niña y su amiga que tuvieron que resolver un misterio. La niña, que se llamaba Kely, era alta y morena; además, era una persona pesimista aunque le gustaba resolver misterios. Tenía 11 años y vivía con su padre, un hombre de negocios que dirigía una fábrica de dulces navideños. Vivían en la ciudad en un piso moderno situado en la zona centro. Un día, cuando Kely volvió del colegio, su padre le dijo que esas navidades las pasarían en un pueblo en las montañas. A Kely por poco le da un infarto al escucharlo. No le gustaban nada las montañas y los campos. Odiaba a los mosquitos que le picaban por la noche y echaba de menos su cómoda cama. Se contuvo de ponerse a gritar y se marchó refunfuñando a su cuarto.

Cuando llegó el día, Kely estaba más enfadada que nunca y decidió no darle ninguna oportunidad al pueblo. Viajaron en tren y durante el viaje únicamente miró por la ventana. El paisaje poco a poco fue cambiando y pasó de un montón de casas a un campo raso y amarillo por el trigo. Al cabo de un rato, grandes montañas se empezaron a asomar junto con los tejados de un pueblo. Cuando llegaron, Kely se detuvo para observar el panorama. Las casas eran pequeñas pero tenían un extenso jardín. Los tejados eran, naturalmente, de pizarra y además, la punta de una iglesia se asomaba por encima de las casas. La casa en la que se residían estaba hecha de piedra y por dentro era bastante acogedora. Kely dejó las maletas y rápidamente fue a dar una vuelta por el pueblo. Por el camino se encontró con varios niños. Iba tan concentrada que no se fijó en una niña que se acercaba corriendo, al igual que ella, distraída. En unos segundos ambas estaban en el suelo algo confusas. Antes de que Kely pudiera reaccionar, la otra chica dijo rápidamente:

-Ay, lo siento mucho. Mi madre siempre dice que ando muy despistada. ¿Estas bien? Me llamo Cuca.

Y le tendió la mano. Kely se paró a observarla. Cuca era una niña alta y esbelta de cabellos dorados y ondulados. Vestía con ropa de campo y se le veía muy feliz y habladora. Kely se presentó y Cuca se ofreció para enseñarle el pueblo. El día de la mañana de Navidad, el ayuntamiento organizó una comida para todo el pueblo. Kely llegó con su padre varias horas antes porque su padre era el que ponía los dulces. Mientras su padre hablaba con los cocineros ella se sentó en una silla y

examinó la sala. A Kely le apasionaba fijarse en todos los detalles y era muy observadora. La sala era muy grande y tenía una larga mesa en el centro. La mesa estaba rodeada por sillas de madera y había un largo mantel de color rojo encima. En una de las paredes colgaban unos carteles con las noticias del ayuntamiento y la otra estaba cubierta por unos grandes ventanales con vistas a la plaza del pueblo. Kely podía distinguir voces que venían de la cocina. En la pared que tenía enfrente había una vieja chimenea que no había sido limpiada desde hacía tiempo. Al lado había un niño de unos 6 años sentado en una silla con cara de aburrimiento. Kely supuso que sus padres también estarían ayudando a preparar la comida. Poco a poco la sala se fue llenando de adultos y la plaza estaba repleta de niños. De repente, un montón de petardos y fuegos artificiales explotaron en la plaza y los niños empezaron a gritar y llorar. Todos los adultos de la sala salieron junto con Kely a calmar a los niños. Kely se juntó con Cuca y empezaron a hablar sobre los acontecimientos. Cuando todos estuvieron calmados subieron a la sala. Lo que se encontraron les heló la sangre:

-¡Los dulces han desaparecido!- Gritó alguien del grupo.

Sorprendentemente, la mesa estaba intacta. Solo le faltaban los dulces y las bandejas de los dulces. Mientras la gente se lamentaba, Kely estudió la sala y se fijó en que delante de la chimenea polvorienta había algo de hollín que antes no estaba. Se lo contó a Cuca y ambas se acercaron. Kely se quedó pensando qué fue lo que podría haber pasado pero Cuca, la más atrevida, empezó a palpar la chimenea. Kely visualizó una pequeña palanca que sobresalía de la pared de dentro de la chimenea. Cuca se aseguró de que no hubiera nadie mirando, se metió dentro y tiró de la palanca. En un abrir y cerrar de ojos Cuca había desaparecido. Kely siguió sus pasos y de pronto apareció en un pasillo iluminado por antorchas. Las paredes de piedra estaban heladas y olían a moho. No encontró a Cuca así que siguió andando por el pasillo. El techo iba bajando cada vez más y llegó un momento en el que tuvo que agacharse. Después de un largo paseo se encontró con una pared. No había salida. Pero Kely no se dio por vencida. Si Cuca lo había conseguido ella también. Palpó la pared y empujó todas las piedras pero no consiguió nada. Como estaba agotada se sentó y se puso a pensar. De repente, se dio cuenta de que había algo raro en el techo, así que, se levantó y empezó a saltar para poder tocar el techo. En uno de sus saltos golpeó algo con la mano y una escalerilla bajó del techo dándole en la cabeza. Frotándose el golpe comenzó a trepar por la escalera. Esta la llevó a un túnel por el que continuó trepando. Cuando llegó al final, se encontró con una trampilla y la

abrió. Una gran sala se iluminaba a su alrededor. Allí había unos pocos muebles y un sofá en el medio. Una gran alfombra cubría el suelo. Kelly se preocupó, no había ni rastro de Cuca. De pronto se empezaron a escuchar unos ruidos raros, como si alguien estuviera masticando un chicle. A Kely se le heló la sangre mientras un montón de pensamientos malos se le pasaban por la cabeza. Preocupada por lo que le podría estar pasando a Cuca, empezó a buscar una puerta por la sala. Vio que una parte del tapiz sobresalía así que tiró de él y se encontró con una puerta. La abrió y, definitivamente, lo que se encontró no se lo esperaba.

Cuca estaba sentada en el suelo junto con el niño que había visto antes al lado de la chimenea. Ambos tenían la cara manchada de chocolate y azúcar glas. El suelo estaba lleno de envoltorios que Kely reconoció como los dulces de su padre. Entonces todo comenzó a tener sentido pero, antes de que pudiera decir nada, Cuca habló:

-¡Hola! Este es Grin. Antes de que digas nada, sí, él es el que ha robado los dulces pero solo es un niño así que no le riñas.

Kely no supo qué decir. Por un lado quiso reñirle a Grin pero por otro lado, el pobre le daba pena. Cuca la miraba con ojos expectantes y Grin la miraba con cara de culpable.

---

-Esto es lo que vamos a hacer. Llevaremos los dulces que quedan, le pediré a mi padre que traiga más y les pediremos a los adultos que no te riñan Grin.

Ambos aceptaron y comenzaron a recoger. Recorrieron el camino de vuelta planeando lo que les iban a explicar a los adultos. Kely, además, descubrió que Grin se aburría y que al ver la comida, se lanzó a por ella cuando tuvo ocasión. Cuando llegaron todos los de la sala les rodearon y Kely y Cuca les explicaron lo que había pasado. Después Kely procedió a las súplicas para que no riñeran a Grin y para que su padre trajera más dulces. Todos acabaron comprendiendo y continuaron con la fiesta. El padre de Kely llamó a su empresa y ordenó que les trajeran más de inmediato. La gente del pueblo se lo pasó genial durante el resto de la velada y el incidente de los dulces se olvidó enseguida. Grin recibió un castigo por parte de su madre. Probablemente os preguntéis sobre los petardos de la plaza. Esos fueron un pequeño regalo por parte de los gamberros del pueblo con el fin de asustar a los niños. Después de ese día, Kely fue todos los años a pasar las navidades al pueblo.

*FIN*